

de todos los estados, edades y sexos; pero la fe, la ley y la práctica de las virtudes los hace á todos participantes en particular de aquellas cualidades soberanas que tiene el cuerpo en comun. Por tanto, cada uno de los fieles puede aspirar justamente á todos los derechos que tiene la esposa de Jesucristo, á pretender sus regalos y á esperar sus misericordias. Pero todo esto no se puede lograr sin aspirar al mismo tiempo á un grado sublime de perfeccion. Tú, cristiano, que admiras los favores inefables con que regaló el Cordero inmaculado á su esposa Teresa, y que dentro de tu corazon adviertes unos santos deseos de llegar á ser tan dichoso, fija tu vista en la vida admirable de la santa madre; examina una por una todas sus virtudes, procura retratarlas con tus obras, y no dudes que el Padre de misericordias satisfara tus deseos. Dios siempre es el mismo, su justicia es invariable, tiene prometido dar á cada uno segun sus obras; lo único de que puedes necesitar es de la divina gracia, la cual esta pronta; en tí, pues, consiste el llegar á ser feliz, y tener la suerte de los santos.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XII, pág. 263.

MEDITACION.

DE LAS CAUSAS POR QUÉ NO AMAMOS Á DIOS COMO DEBEMOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, siendo Dios tan amable por sí mismo, que no solamente la gracia, sino la naturaleza misma están haciendo una secreta fuerza para que todos le amen, con todo eso se encuentran tan pocos

hombres que empleen sus afectos en este bien infinito, no por otro motivo, sino porque no le consideran ni intentan descubrir sus perfecciones. Esta inaccion, ó mas bien perfidia, deja al alma del cristiano en unas tinieblas tan espantosas, que, á manera de un ciego, anda vagando por todos los bienes criados, sin encontrar en todos ellos otra cosa que precipicios.

Semejante ceguedad es la mas digna de compasion, y necesita un pronto remedio, de donde nacen todas las fuerzas del alma. Este no es otro que la contemplacion continua de los divinos atributos, en la cual como en un horno encendido se caldea el alma, y llega á penetrarse del fuego de la caridad. Todos los santos que usaron de este medio, se advierte que fueron sumamente amantes de Dios, porque es imposible que llegue el entendimiento á henchirse perfectamente de las perfecciones de un bien, sin que llegue á enardecer la voluntad. La contemplacion de Dios hizo en Abraham un amante suyo tan fervoroso y verdadero, como se vió en la terrible prueba que ejecutó Dios por sí mismo. Mándale sacrificar á un hijo, que era el fruto de repetidas lágrimas y de oraciones continuas; un hijo unigénito, que el mismo Dios sabia era amado tiernamente de su padre; le manda que le sacrifique por su mano, y esto en un monte para donde tenia que hacer el camino de tres dias; y con todas estas circunstancias se deleita en probar el amor que el santo patriarca podia habersacado solamente de contemplar las perfecciones divinas. Porque si no, ¿cómo era posible que hubiese tenido valor para obedecer con tal prontitud á un precepto tan terrible? La misma contemplacion produjo aquellos tiernos afectos que se vieron en san Juan evangelista, y aquel valor asombroso con que san Pablo hablaba de su caridad. Al primero le reclina Jesucristo sobre su pecho, le manifiesta los secretos

escondidos, y le confia la custodia de su misma Madre. El segundo dice á los Romanos (*cap. 8.*): *¿Quién será capaz de separarme del amor de Cristo?* Y á los Corintios se atreve á asegurarles que la vida que tiene no es suya, ni aquel que vive, Pablo, sino que Jesucristo era el que vivía en él. Efectos tan portentosos no se producen sino en una alma ilustrada con las claras luces de la sabiduría, que manifiesta la grandeza de Dios, y la amabilidad de sus divinas perfecciones. Por eso, dice san Agustín (*Soliloq. cap. 6*): *Cualquiera, ó Señor, que llega á conocerte, te ama y se olvida de sí mismo; te ama mas que á sí mismo, y deja todo lo que es para poderse llegar á tí.* Ni puede ser otra cosa; porque ¿cómo es posible llegar á conocer aquella inmensidad de bienes infinitos, aquella hermosura perfectísima, aquel cúmulo de preciosísimas riquezas, aquella fuente inagotable de delicias, sin que el alma se encienda en un ardiente deseo de amar tanto bien, y de gozar tanta hermosura y deleite? Luego la causa de no amar á Dios como se debe es la falta de conocimiento; consiste en no reflexionar sobre las divinas perfecciones; en una palabra, no amamos á Dios, porque estamos poseídos de una lastimosa ceguedad que nos impide verle conforme es. Supuesto que está descubierta la causa de tan funesto mal, fácil cosa es aplicar el remedio conveniente, que es la contemplación de las divinas perfecciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque la causa de no amar á Dios como vemos que le amaron los santos, mirada en su origen, es la falta de contemplación de la bondad infinita, no es motivo menos funesto la ingratitud de nuestro corazón, por lo cual, apartando los ojos de los infinitos eneficios que nos ha hecho y nos hace

cada día, no sabemos otra cosa que serle ingratos.

San Juan evangelista, en su epístola primera, propone dos causas poderosísimas para que nuestro corazón se deshaga en afectos de amor de Dios; la primera es el amor que el mismo Dios nos tuvo, y así dice: *Amemos á Dios, hermanos, porque él nos amó á nosotros primero.* Esta razón es tan sumamente poderosa, que, si la considerasen los hombres dignamente, se avergonzarían de su ingratitud, y se confundirían en la divina presencia. Porque considera, ó cristiano, quién ama, y qué es el objeto de su amor. Te ama tu Dios, tu criador, tu remunerador, un ser infinito é inmenso que no necesita de tí ni para su felicidad ni para su gloria. Te ama un Dios que sería tan infinitamente grande y venturoso sin tu existencia, como lo fué antes de la formación de los siglos. Te ama un Dios, en cuya presencia los cielos y la tierra, el sol, la luna, las estrellas del firmamento, y hasta los mismos espíritus celestiales son como si no fuesen, y este Dios te ama á tí; á tí que, entre todas las criaturas, eres de las mas despreciables por la corrupción de tu naturaleza, y por tantos males á que te sujetó tu prevaricación misma; te ama á tí, que eres polvo y ceniza, que fuiste concebido en miseria, y que, á manera del heno y de la flor del campo, un leve soplo de viento te volverá á tu antigua nada; te ama á tí, en fin, hombre ingrato, criatura desconocida, que de tantas maneras has irritado sus enojos, y has merecido los castigos extremos de su justicia.

Esta consideración es poderosa sin duda para excitar el amor en un pecho que no sea de bronce, y como tal la proponía á Juan á sus discípulos. Pero no es menos poderosa la que se contiene en las palabras del cap. 3, que dicen: *Considerad, hermanos, cual fue el amor de Dios para con nosotros, que quiso su dignación no solamente que nos llamemos hijos de*

Dios, sino que lo seamos en realidad. Considera, cristiano, cuál sería tu gozo, y cuán grande reputarías tu fortuna si, siendo un pobre miserable, vieses que te adoptaba por hijo, no ya un caballero ó un grande, sino tu mismo rey, haciéndote heredero de su corona y su cetro; sin duda alguna este sería un bien mucho mayor que todas tus esperanzas, y superior á todo tu agradecimiento. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre, aunque sea un príncipe, á un Dios infinito, y cuánta distancia de adopción á adopción, y de unos bienes temporales á un reino eterno! Si, cristiano, Dios te tiene adoptado por hijo, te tiene prometidos todos sus bienes, te ha hecho hermano de Jesucristo, y te ha dado en arras toda la plenitud de sus gracias y dones depositados en los sacramentos. ¡Qué ingratitud no es preciso que sea la tuya, y qué dureza la de tu corazón para manifestarte insensible á tamaños beneficios! Conoce, pues, que esta es una cosa funesta que te aparta del amor de tu Dios, y espera que apenas saldrá de tu alma la ingratitud, cuando inmediatamente será reemplazada por la caridad.

IACULATORIAS.

Præbe, fili mi, cor tuum mihi, et oculi tui vias meas custodiant. Prov. cap. 23.

Yo sé, Señor, que estás clamando continuamente, y diciéndome: dame tu corazón, hijo mio, y haz que tus ojos no se extravíen jamás de mis caminos.

Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus. Salm. 17.

Yo, Señor, os doy palabra de amaros, que sois mi fortaleza; en vos constituiré todo mi apoyo, y vos seréis mi refugio y mi libertador.

PROPOSITOS.

Todos los propósitos de este día deben reducirse á desterrar las dos causas perniciosas que nos apartan de nuestro Dios, y que nos impiden recibir sus divinos favores. Debemos proponer ocuparnos en una contemplación continua de sus divinas grandezas, y conocer que esta contemplación ha de causar en nosotros la dichosa necesidad de amarle. Además de esto, hemos de tener presentes en nuestra alma los inmensos beneficios de que nos ha colmado su bondad divina, porque es imposible considerar con atención las mercedes que nos ha hecho, y poderse resolver no obstante á serle ingratos. De uno y otro nacerá un verdadero amor á nuestro Dios; el corazón se penetrará de tan divino fuego, y vivificados con su espíritu, lograremos la suerte dichosa que hizo admirables á los santos. Pero el modo de amar á Dios le hemos de aprender en las obras de estos, y en las máximas que dejó escritas en el Evangelio la eterna sabiduría del Padre. Jesucristo, queriendo dar á entender cuáles eran las señales ciertas del amor que se le tenía, decía á sus discípulos en el cap. 14 del evangelio de san Juan: *Si me amais, guardad mis mandamientos.* Y en el mismo capítulo confirma esta sentencia, proponiendo además las sublimes recompensas con que premia Dios á aquellos que le aman. *Si alguno me ama, dice, ese guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos á el, y estableceremos allí nuestra mansión.* Por una parte, asegura al cristiano que la prueba mas legítima que exige de él para convencerse de que le ama, es la observancia de sus mandamientos; y á la verdad, que esta misma prueba exige el mundo de sus amadores, no satisfaciéndole sino las obras. Por otra parte, hace la gran promesa de que el

Padre celestial con su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo, en Trinidad indivisa, vendrán al alma caritativa, harán en ella su mansion, y la llenarán de todos los bienes, gracias y carismas que puede producir toda la Trinidad beatísima en aquella alma feliz que llega á ser su sagrario. Esta ventura es la que lograron los santos, de aquí nacieron aquellos admirables éxtasis, raptos, deliquios y otros afectos amorosos que nos causan admiracion, y excitan á la Iglesia á tributarles sus cultos, bendiciendo á Dios, que tanto amor y tanta caridad quiso dar á sus siervos.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Agustin, ornamento del orden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en Africa, el dia 15 de noviembre del año 354. Fué de honrada familia; y aunque patricio, su padre no era todavía cristiano, pero su madre santa Mónica ganó tanto el corazon de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que logró fuese cristiano todo el resto de la casa. No ejerció poco la virtud y la paciencia de su santa madre la inquieta y bulliciosa infancia de Agustin. Por la vivacidad extraordinaria de su ingenio, y por la vehemencia de sus tiernas pasionzuélas, que ya asomaban la cabeza, era poco dócil á las instrucciones. La misma facilidad que tenia en comprender, le hacia flojo y descuidado en estudiar. Era su pasion dominante

el amor de la libertad y de las diversiones, no pudiendo tolerar ni freno ni sujecion. No perdonaba la virtuosa madre medio alguno para darle una cristiana educacion; ya le habia hecho alistar en el número de los catecúmenos, cuando cayó peligrosamente enfermo, y se vió á las puertas de la eternidad. Él mismo pidió entonces el bautismo; pero aliviándose poco despues la enfermedad, y desconfiando todos de sus malas inclinaciones, se tuvo por conveniente dilatar-sele, hasta que con la madurez de la edad mejorase de disposicion.

Luego que aprendió á leer y á escribir en Tagaste, le enviaron á Madaura, ciudad poco distante, á estudiar la gramática y letras humanas. Inmediatamente se enamoró mucho de las fábulas y de todos los vanos delirios de la profana antigüedad. Muy desde luego comenzó á sobresalir entre todos sus condiscipulos por la superior valentía de su ingenio, distinguiéndose particularmente en el ejercicio de la elocuencia. Dieron á su padre informes tan ventajosos de su rara comprension y extraordinarios talentos, que á los diez y seis años de edad le retiró de Madaura, y le envió á Cartago para que allí continuase sus estudios. Pero mientras se disponia el viaje para aquella ciudad, se detuvo un año en Tagaste sin aplicarse á nada en casa de sus padres; y en este tiempo de ociosidad, se entregó sin freno á todo género de disoluciones. Aflijida intimamente la piadosísima madre, hacia cuanto podia para que volviese sobre sí el mal aconsejado hijo; pero ni sus ruegos, ni sus amorosas reprehensiones, ni sus saludables consejos hacian impresion en un jóven perdido, á quien todo se lo disimulaba la excesiva indulgencia de su padre. Pasando á Cartago, aun se abandonó mas desbocadamente á los excesos de la lascivia, fomentada con las perversas companias y los espectaculos profanos, á que era vehemen-